DOS CORONAS,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS.

LETRA DE

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

MÚSICA DE

DON EMILIO ARRIETA.

Representada por primera vez en el teatro del Circo en el mes de Diciembre de 1861.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. DORAS

N.° de la procedencia
3781

MADRID:
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELAIDA.....	STA. DOÑA T. RAMOS.
SOFIA.....	SRA. DOÑA J. MORA.
JORGE	SRES. D. J. GRAU.
CRAMER..	D. O. MUÑOZ.
PEDRO.....	D. E. FERNANDEZ.
NICUASER..... ...	D. C. SORIANO.
EL AUTOR DEL TEATRO REAL DE HANNOVER..	D. E. SUBIAS.

Actores de ambos sexos, colegialas, nobles, criados y pajes.

La accion pasa en el ducado de Hannover en 1711 y 14.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Jardin en el convento del Ave-Maria de Hannover: en el fondo una larga tapia que cae á un huerto, del que se ven algunos árboles. Las colegialas, formando grupos, estan estudiando música.

ESCENA PRIMERA.

ADELAIDA, SOFIA y COLEGIALAS.

MUSICA.

TODAS. Las coronas de Minerva
solo al mérito se dan.
Venturosa la que logra
sus laureles alcanzar.

(Adelaida se adelanta hasta el centro de la escena, y llama á sus compañeras, que acuden en tropel.)

ADEL. ¡Eh! ¡venid acá!
¡basta de leccion!
UNAS. Guerra á las corcheas.
OTRAS. Eso digo yo.
TODAS. ¡Juguemos! ¡bailemos!
ADEL. ¡No tanto! ¡chiton!
¡Bajito! pasito!
será lo mejor.
TODAS. ¡Bajito! pasito!
será lo mejor.

725242

ADEL. Vaya un cuento nuevo.
TODAS. ¡Un cuento! (Palmoteando.)
ADEL. ¡Y de amor!
UNAS. ¡Qué bueno!
OTRAS. Haced corro.

(Se sientan en el suelo formando corro, y dejando en medio á Sofia y Adelaida.)

ADEL. ¡Silencio! ¡atencion!
UNAS. Presumo que es verde.
(Al oido de las demas.)
OTRAS. ¡Bonito color! (Con sencillez.)

—

ADEL. Érase que se era,
era una muchacha,
graciosa, ligera,
gentil, vivaracha:
Su amante gemia
su injusto rigor,
que aun no conocia
la niña el amor.
ODAS. ¡Aun no conocia
la niña el amor!
ADEL. Salió una mañana
tranquila y serena:
su rostro era grana,
su frente azucena.
¿Por qué el mismo dia
volvió sin color,
si aun no conocia
la niña el amor?
TODAS. ¿Por qué el mismo dia
volvió sin color?
ADEL. Ahogando en su pecho
pesares que llora,
despierta en su lecho
la encuentra la aurora.
¿Por qué su alegria
trocóse en dolor?
¡Ay! ya conocia
la niña el amor.
TODAS. ¡Ay! ya conocia
la niña el amor.

(Se levantan.)

—

—¡Inocente!—¡Pobrecita!
—Pero el cuento, en mi opinion...
—Necesita...—Necesita...
—Necesita conclusion.
Escudriña en tu memoria:
busca, busca y la hallarás.

ADEL. Acabóse aqui la historia.

TODAS. Algo falta.

ADEL. No sé mas.

—

TODAS. Yo pensaba que el amor
daba siempre contentos, nunca dolor.
Mas si cruel hace llorar,
yo prometo que nunca, nunca he de amar.

—

ADEL. Si el amor dá las penas,
queridas mias,
tambien dá á manos llenas
las alegrias.

—

TODAS. ¡Ya, ya, ya, ya!
eso es distinto, y eso se debe reflexionar.

—

Si á lo menos el amor
dá mezclados los gustos con el dolor,
aunque tambien deba llorar,
yo prometo que siempre, siempre he de amar.

—

ADEL. ¡El maestro! (Hablado.)
(Vuelven á coger sus cuadernos, y se van en distintas direcciones.)

TODAS. Las coronas de Minerva
solo al mérito se dan.
Venturosa la que logra
sus laureles alcanzar.
(Desaparecen.)

ESCENA II.

CRAMER, luego JORGE y NICUASER.

HABLADO.

CRAMER. ¡Ajá! ¡eso es!—¡Pobrecitas!
¡qué estudiosas y qué dóciles
son todas! Verdad es que...
dan no pocas desazones;
pero en cambio...
JORGE. Si, Nicuaser;
dos caras como dos soles.
No pensé que en mi ducado
se cultivaran...
NICUAS. ¡Nos oyen!
JORGE. ¿Es el maestro?
NICUAS. Sin duda.
CRAMER. (¿Qué querrán estos señores?)
NICUAS. ¡Caballero! (Saludando.)
CRAMER. ¡Caballeros! (Id.)
NICUAS. Si no mienten mis informes,
sois el maestro eminente
de tanta fama y renombre...
CRAMER. Gracias. (Confuso.)
NICUAS. ¡El compositor
insigne!
CRAMER. (¡Pues me conoce!)
NICUAS. ¡El gran Cramer!
CRAMER. Siervo humilde
de... (¿Quién será este buen hombre?)
JORGE. Supongo que en la funcion
solemne que se dispone,
nos dareis alguna pieza
musical.
NICUAS. Está en el órden.
CRAMER. Un himno: ¡cosa ligera!
acomodado á las dotes
vocales de las alumnas:
dos compases, cuatro acordes...
«Las coronas de Minerva...» (Cantando.)

(¿Qué querrán estos señores?)

JORGE. Tiene gran reputacion
este colegio de Hannover
de ser el mas...

NICUAS. ¡Pues! el mas...

CRAMER. Cierto: aqui tenemos jóvenes
de las primeras familias,
unas ricas y otras nobles.

JORGE. ¿Y cuáles son las mas lindas?
(Nicuaser le toca con el codo.)
Quiero decir, las mejores...
en virtud.

CRAMER. Ese renglon
no entra en mis atribuciones.
Si me preguntarais cuáles
tienen las mejores voces...

JORGE. No os tomeis esa molestia.

CRAMER. Hay aqui organizaciones
descomunales; pero una
sobre todas.—¿Vuestro nombre?

NICUAS. ¿No estais esperando á cierto
personaje de la córte?

CRAMER. Es verdad: el consejero
áulico: es decir... (¡Qué torpe!)

JORGE. Id á anunciar su llegada
á la abadesa.

CRAMER. ¡Señores!
—Sois vos sin duda. (Á Nicuaser.)

NICUAS. ¡Yo!... no...

CRAMER. (¡Cosa mas rara! ¡tan jóven!)
(Mirando á Jorge.)
—Señor consejero...

JORGE. Yo...

CRAMER. (¡Ah, vamos! ¡ya caigo! entonces...
son dos consejeros.) ¡Vuelo!
Tengo un honor... dos honores...
«Las coronas de Minerva...»
(Váse cantando.)

JORGE. ¡Qué original es el hombre!

ESCENA III.

JORGE, NICUASER.

NICUAS. Os ha tomado por mí.
JORGE. Por fin ya hemos penetrado
en el terreno vedado.
NICUAS. Vos lo habeis querido asi.
JORGE. Mucho has ganado conmigo;
mas si es caso de conciencia...
NICUAS. Yo me escudo en la obediencia.
JORGE. Y complaces á un amigo.
(Alargándole la mano.)
NICUAS. ¡Tanto honor!
JORGE. Cuando hace poco
me hallaste en la vecindad
del convento, la verdad,
debí parecerte loco.
NICUAS. ¡Loco, señor!
JORGE. ¡Con franqueza!
Cuando enamorado lucho,
no necesito yo mucho
para perder la cabeza.
NICUAS. ¿Y no habeis logrado hablar
con ellas?
JORGE. No; pero creo
que conocen mi deseo,
y no las debe pesar.
La una, cuando me divisa,
baja los ojos turbada:
la otra, fija la mirada,
me dirige una sonrisa.
NICUAS. ¿Por eso cantais victoria?
JORGE. ¡Nicuaser! ó no has querido,
ó sin duda habrás perdido
con los años la memoria.
NICUAS. Ya sé que tienen antojos...
JORGE. Nunca se debe creer
lo que diga una mujer;
mas cree siempre en sus ojos.

MUSICA.

¡Quién vé unos ojos llenos de encanto,
blandos al ruego, prontos al llanto,
siempre velados por el pudor
y no les rinde vida y amor!

—

Pero hallé luego,
y ese es mi mal,
distinto el fuego
y el daño igual.

—

¡Cómo fascina, cómo enamora
una mirada dominadora,
firme, atrevida, llena de ardor,
que está diciendo: «¡Yo quiero amor!»

HABLADO.

—Es mi flaqueza.

NICLAS. Será
asi; ¿mas cuál tiene en vos
mayor imperio?

JORGE. Las dos.

NICLAS. Conque la una...

JORGE. Y la otra.

NICLAS. ¡Ya!

JORGE. Hasta hablarlas... La hermosura
no despierta el sentimiento
Yo estimo en mas el talento
y la gracia y la dulzura.

ESCENA IV.

DICHOS y SOFIA.

JORGE. Es lo que mas me interesa...

NICLAS. ¡Chit!

JORGE. ¿Qué?

NICLAS. Viene una educanda.

JORGE. ¡La encogida! (Ap. á Nicuaser.)
SOFIA. Aqui me manda
mi señora la abadesa...
—¡Ah! (Viendo á Jorge se turba.)
JORGE. ¿Qué es eso?
SOFIA. (¡Es singular!)
Nuestra... abadesa... y rectora...
os llama...
JORGE. ¡Pobre señora!
¡la estais haciendo esperar!
(Empujando con impaciencia á Nicuaser: este le contiene con una mirada, como recomendándole la prudencia.)
NICUAS. ¿Y vos, no venis?
JORGE. (Contrariado.) Quisiera
saber antes...: no os asombre
mi curiosidad: el nombre
de la linda mensajera.
SOFIA. Es un secreto que ignora
todo el colegio.
JORGE. ¡Eso es grave! (Admirado.)
SOFIA. Únicamente lo sabe
aqui, nuestra superiora.
JORGE. Que te lo puede decir. (Ap. á Nicuaser.)
NICUAS. Otra viene.
JORGE. Es la atrevida.

ESCENA V.

DICHOS y ADELAIDA.

ADEL. ¿Aqui estabas?
SOFIA. ¡Ay, querida!
¡acabaras de venir!
(Corriendo hácia ella.)
ADEL. ¿Qué te sucede? ¿has hablado
á estos señores?
SOFIA. No sé...
creo que sí...
ADEL. ¡Bah! ¡bah! ¡de fé!
apuesto á que te has cortado.
—¡Quita allá!

JORGE. (¡Qué peregrino
donaire!)
ADEL. ¡Señores!... (¡Ah!) (Viendo á Jorge.)
La madre...
NICUAS. Sí: lo sé ya.
—Venid: conozco el camino.
(Llevándose como por fuerza á Jorge.)
JORGE. ¡Nicuaser! ¡eres cruel!
SOFIA. ¿Y aquellos alientos? (Ap. á Adelaida.)
ADEL. ¡Calla!
JORGE. Trabada vá la batalla
entre este encanto y aquel. (Vánse.)

ESCENA VI.

ADELAIDA, SOFIA.

SOFIA. (¡Respiro!)
ADEL. ¿Le has conocido?
SOFIA. ¿Á quién? ¿al viejo? (Con afectado candor.)
ADEL. ¡No! al mozo.
(Con malicia.)
SOFIA. ¿Quién es?
ADEL. Ese mozalvete
que anda por estos contornos
hace dias.
SOFIA. ¡Ah! ¡ya! aquel
que te mira tan meloso.
ADEL. Nos mira, querrás decir.
SOFIA. Pues bien te guiñaba el ojo.
ADEL. No me pesara.
SOFIA. (¡Le quiere!) (Con sentimiento.)
ADEL. ¡Como tú ya tienes novio!
SOFIA. ¿Cuál es el mio?
ADEL. Tú piensas
que los demas somos bobos.
¿Y el beso que te tiró
el vecino, el del piporro,
desde su ventana?
SOFIA. ¿Á mí?
no fué sino á tí.
ADEL. Á propósito!

es sobrino del maestro.

SOFIA. Y el bribonzuelo no es corto
de genio.

ADEL. ¿Te gusta? ¡Á mí
me parece un zampabollos!...

SOFIA. ¿Quién dice que yo?...

ADEL. ¡Es verdad
que como no vemos otros!...

SOFIA. ¡Loca!

ADEL. ¡Cuándo lograré
dejar estos vejestorios,
ver el mundo y los teatros...
—¡Los teatros sobre todo!
—¡Y dar bailes y conciertos,
y...—Dejando circunloquios:
tengo unas ganas de oir
dos docenas de piropos!

SOFIA. ¡Eh, calla!

ADEL. Necesitamos
un marido, y eso pronto.
Quiero decir, dos maridos:
tú querrás uno, supongo;
¿ó quieres ser monja?

SOFIA. Yo...
no aborrezco el matrimonio.

ADEL. ¡Asi se habla!—El mio ha de ser
jóven, alegre, buen mozo,
de talento y que me adore:
yo me contento con poco.
Y para tí buscaremos...
¿cómo quieres que sea el otro?

SOFIA. Si mi eleccion fuera libre,
parecido al tuyo.

ADEL. ¿Cómo?
Fuera tu padre capaz...

SOFIA. Yo en eso no tengo voto.

ADEL. ¡Qué locura! ¿y si te casan
con algun viejo pilongo?

SOFIA. Me resignaré.

ADEL. ¡Y que fueras,
infeliz! No hay purgatorio
como un marido que ya anda

el camino de retorno.
Mas no tengas miedo: yo
cuidaré de tu reposo.
Como que hemos de vivir
siempre juntas, te respondo...

SOFIA. ¿Y si ellos se oponen?

ADEL. ¿Quién?

SOFIA. ¡Es claro! ¡nuestros esposos!
¿No sabes que las mujeres
han de obedecer en todo
á sus maridos?

ADEL. ¿De veras?

SOFIA. Es precepto obligatorio.

ADEL. ¡Ya! tienen la pretension
de mandarnos! ¡habrá lobos!
—Pues habrá que enmendar eso:
yo por mí no me conformo.

ESCENA VII.

DICHAS y las COLEGIALAS, que salen gritando y muy animadas: luego PEDRO.

TODAS. ¡Un hombre! ¡un hombre!

ADEL. ¿Qué pasa?

SOFIA. ¡Adelaida! ¿no lo ves?
(Ap. á Adelaida, señalándole á Pedro, que asoma por encima de la tapia.)

PEDRO. ¡Ay, cuántas!

ADEL. (Ap. á Sofia.) ¡Es el vecino!

SOFIA. ¡Has visto qué avilantez!

PEDRO. ¡Es imposible contarlas!

ADEL. ¿Caballero?

PEDRO. Una, dos, tres...
¡una legion!

ADEL. ¡Caballero!

PEDRO. ¿Eso es á mí?

ADEL. ¿Pues á quién?

PEDRO. ¿Qué se ofrece?

ADEL. ¡Hay tal descaro!
Saltad.

PEDRO. Eso voy á hacer.

(Inclinándose como para saltar al jardin.)

ADEL. Hácia el otro lado.

PEDRO. Justo.

SOFIA. ¿Y si las madres lo ven? (Ap. á Adelaida.)

(Pedro salta al jardin.)

TODAS. ¡Huyamos!

PEDRO. ¡Ay! ¡ay!

SOFIA. ¿Qué es eso?

PEDRO. ¡Que me he dislocado un pié!
¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!

SOFIA. ¡Pobrecito!
¿no le hemos de socorrer? (Le rodean todas.)
—Apoyaos en mí. (Dándole el brazo.)

PEDRO. (¡Caramba!
¡qué boquita! ¡es un clavel!)

SOFIA. Andad un poco... ¡asi!

PEDRO. (¡Digo!
que si me dan á escoger...
me quedo con todas.)

ADEL. ¿Siente
alivio?

PEDRO. ¡Si ya estoy bien!

SOFIA. ¡Pues marchaos!

ADEL. ¡Al punto! ¡vamos!

(Empujándole.)

PEDRO. ¡Ay! ¡que me vuelve á doler!

SOFIA. ¡Qué compromiso!

ADEL. Avisemos
al maestro.

PEDRO. No hay que hacer
tal locura: soy sobrino
suyo... desde la niñez.

TODAS. ¡Es su sobrino!

PEDRO. ¡Si estoy
en casa hace mas de un mes!
¡Somos vecinos! y estudio
el piporro.

ADEL. ¡Á ver! ¡á ver!

PEDRO. Mi tio, que es un babieca,
con perdon de la vejez,
me dijo, dice... (¡Ay qué ojillos
me echan todas! ¡ya se ve!...)

—¡Pedro!—Yo me llamo Pedro.

SOFIA. ¡Ay, qué nombre!

ADEL. ¡Qué feo es!

PEDRO. ¡Es el nombre de un apóstol! (Amostazado.)
¡y de los gordos!

ADEL. Lo sé.

PEDRO. Volviendo á mi cuento, el tio
me dijo, dice... (¡Ay qué pié!)
—Yo soy maestro de canto
en un convento, y en él
hay unas chicas muy guapas!
—Mi tio, como se ve,
es incapaz de mentir.

TODAS. ¡Ah! (Lisonjeadas.)

PEDRO. (¡Vanidosas!)

TODAS. ¡Bien! ¡bien!

PEDRO. Pero á esas blancas palomas...
—sigue el tio—no has de ver,
ni oir, ni acechar; ¡cuidado!

ADEL. ¡Qué capricho!

PEDRO. Yo no sé
si os pasará lo que á mí:
en prohibiéndome hacer
una cosa, estoy rabiando
por hacerla.

TODAS. Yo tambien.

PEDRO. No hay que jurarlo.—Por tanto,
me decidí; y una vez
resuelto, porque yo soy
muy testarudo, salté
por todo, inclusa la tapia.

SOFIA. ¡Mal hecho!

ADEL. No, sino bien.

PEDRO. ¿Verdad, señorita?

ADEL. Á mí
me gustan los calave...

SOFIA. ¡Adelaida!

ADEL. ¡Ay qué locura!
¡si es que lo he dicho al revés!

CRAMER. (Dentro.)
¡Niñas!

PEDRO. ¡Mi tio!

TODAS. ¡El maestro!
PEDRO. Si me pudiera esconder...
ADEL. No hay tiempo... ¡aqui! entre nosotras.
PEDRO. (¡He armado chico belen!)
(Se pone en cuclillas detrás de las colegialas: estas se agrupan y apiñan de modo que el maestro no pueda ver á Pedro.)

ESCENA VIII.

DICHOS y CRAMER.

MUSICA.

CORO. (¡Vista fija en el pentágrama!
¡Mucho aplomo y gravedad!
¡Niega! ¡niega! ¡y antes mártires
que decirle la verdad!

—

¡Llégate hácia aquí!
¡Córrete hácia allá!
¡Mira que está allí
y le atisbará!)

—

PEDRO. (¡Ay, qué humildes! ¡ay, qué mónita!
¡cuánto aplomo y gravedad!
¡Cómo aprenden desde párvulas
á reñir con la verdad!)
CRAMER. (¡De su gloria en el pináculo,
cuando triunfa sin rival,
he de darla el fiero récipe
de noticia tan fatal!)

—

¡Á ver, niñas!
CORO. ¡Ah, maestro!
CRAMER. ¿Qué es lo que hacen por aqui?
CORO. Estudiábamos el coro:
no hay razon para reñir.
PEDRO. ¡Ay qué talle tan bonito!
CORO. ¡Chito!
CRAMER. Ya veremos si es asi.

PEDRO. ¡Ay, qué pié tan rechiquito!
CORO. ¡Chito!
¡que le puede descubrir!
CRAMER. ¡Ea! ¡listas!
(Pedro besa la mano á una educanda: esta chilla.)
EDUC. ¡Ay!
CRAMER. ¿Qué es eso?
(Pedro continúa la operacion con las demas.)
UNA. ¡Ay!
OTRA. ¡Ay!
OTRA. ¡Ay!
CRAMER. ¿Qué pasa aqui?
(Penetrando en el grupo, que se disuelve.)
TODAS. ¡Yo no he sido! ¡yo no he sido!
CRAMER. ¡Ah, tunante malandrin! (Viendo á Pedro.)

—

¿Cómo, hambriento milano,
te has atrevido
á asaltar de mis tórtolas
el casto nido?
Dí, ¿cómo y por qué?
pero haciéndote cuartos
yo te compondré.

—

¡De rodillas!
(Cogiéndole por una oreja y haciéndole arrodillarse.)
PEDRO. De rodillas.
CRAMER. De tu pérfida invasion
á esas tórtolas sencillas
vas á dar satisfaccion.
(Ya veré cómo lo explicas.) (Ap. á Pedro.)
PEDRO. Satisfechas quedarán...
(Aunque pienso ¡pobres chicas!
que de verme ya lo estan.)

—

Al nogal de mi huerto
subí por nueces,
y me encontré que estaban,
¡ay!
que estaban verdes.
Y me resbalé,
y de uno en otro huerto

rodando bajé.

—

TODAS. ¡Pues eso fué! ¡pues eso fué!

—

Al nogal de su huerto
subió por nueces,
y halló, como la mona,
¡ay!
que estaban verdes.
Y el pié se le fué,
y hasta aqui el pobreciflo
no encontró ese pié.

CRAMER. Yo te pondré, bellaco,
donde no intentes
ni verdes ni maduras
alcanzar nueces.
Yo te llevaré
donde á tener te enseñen
quebradito el pié.

HABLADO.

CRAMER. Despejad. (Vánse todas las colegialas.)

ESCENA IX.

CRAMER y PEDRO.

PEDRO. ¡Tio adorado! (Con tono suplicante.)

CRAMER. ¡Nada! ¡llevas mal camino!
—¿Qué te dije yo, sobrino?
«¡ese es el árbol vedado!»
Y una vez y otra y cien veces
lo mismo te repetí.
¿Cuál fué el resultado, dí?
que el cuerpo te pidió nueces,
y subiste pian, pian,
tras el fruto prohibido.
¡Pues bien, hijo! ¡te has lucido!
¡Sal del paraiso, Adan!

PEDRO. ¡Señor! ¡señor!

CRAMER. Y sin Eva.

PEDRO. ¿Hareis esa felonia
con Perico?
CRAMER. ¿No hay tu tia!
ó mejor dicho, no hay breva.
Mas no quiero abandonar
al hijo de aquella hermana
querida: desde mañana
empiezas á trabajar.
PEDRO. ¡Qué horror! me dais pasaporte...
CRAMER. ¡Dios sabe lo que me cuesta!
—Serás bajon en la orquesta
de un teatro de la córte.
PEDRO. ¿Es cierto? (Con alegria.)
CRAMER. ¡Es cosa cruel! (Sin notarlo.)
pero tú te lo has buscado,
y puesto que ya te has dado
al diablo, vete con él.
Allí en continua batalla
purgarás tu desvario.
PEDRO. ¡Conque al teatro! ¡ah, buen tio!
(Queriendo abrazarle.)
CRAMER. (¡Cómo se alegra el canalla! (Rechazándole.)
¡Es mozo perdido!) ¡Escucha!
¡vas á salir de esta casa
al punto! un dolor me abrasa...
¡traigo en el alma una lucha!...
PEDRO. ¿Pues?
CRAMER. Hay en este convento
una niña á quien adoro
como á una hija: un tesoro
de gracias y de talento.
Walstein, que es su padre, tiene,
ó tuvo, si he de ser franco,
casa de comercio y banco.
PEDRO. No digais mas: me conviene.
CRAMER ¡Quita!—¡Cuáles no habrán sido
mi sorpresa y mis temores,
cuando uno de esos señores,
acercándose á mi oido,
me dió la nueva fatal!...
PEDRO. ¿Qué nueva es esa?
CRAMER. (Bajando la voz.) ¡Ha quebrado!

PEDRO. ¡Ah!
CRAMER. ¡Y ha huido el desdichado!
PEDRO. ¿Y ella ignora...
CRAMER. Ese es el mal.
Yo tengo esta comision
ingrata, ¡que es buena prueba!
pero... ¿y si hubiese en la nueva
alguna exageracion?
—¡No haga yo una atrocidad!
—¡Corre! pregunta, averigua...
PEDRO. ¿Walstein?
CRAMER. Walstein: casa antigua,
conocida en la ciudad.
PEDRO. Voy. (Váse corriendo.)
CRAMER. Pasemos al salon.
—¡Ea, Cramer, rostro sereno,
impasible, aunque esté lleno
de angustia tu corazon! (Váse.)

ESCENA X.

ADELAIDA y SOFIA.

SOFIA. Por eso me ves tan triste.
ADEL. ¿Qué me cuentas? ¿que te sacan
del convento?
SOFIA. Si, querida:
asi mi padre lo manda.
ADEL. No tardaré yo tampoco
en salir de esta morada,
donde hemos vivido, unidas
siempre, como dos hermanas.
SOFIA. ¡Quién sabe si volveremos
á vernos!
ADEL. ¿Qué dices? ¡calla!
¿Puede en eso caber duda?
¡Aunque el mundo lo estorbara!
—Oye lo que se me ocurre:
una idea... estrafalaria,
si quieres; mas por lo mismo...
SOFIA. ¿Á ver? desde ahora me agrada.
ADEL. Escucha: por si enemiga

la fortuna nos separa,
démonos ahora una cita.
¡Verás si yo soy exacta!

SOFIA. ¿Y cuándo? ..

ADEL. De hoy en tres años,
á esta hora misma, sin falta
ni excusa, te espero aqui.
¿Vendrás?

SOFIA. La duda me agravia.
Por mi amistad te lo juro.

ADEL. Y yo.

SOFIA. Solo esta esperanza
puede aliviar el dolor
de mi ausencia inesperada.

ADEL. Y la que lo olvide, queda
reconocida de ingrata.
Vuelve á jurar.

SOFIA. Juro.
(Extendiendo la mano con solemnidad.)

ADEL. Juro. (Lo mismo.)
—¡Otra idea!

SOFIA. Dila.

ADEL. Vaya.
—Supongo que en el concurso
tendremos coronas ambas.
Tú la de la historia: yo
la de canto.

SOFIA. ¡Es cosa clara!

ADEL. Pues bien: troquemos coronas.

SOFIA. ¡Bien, bien!

ADEL. Tú la mia guardas,
y yo la tuya... ¡eso si!
¡hasta la muerte.

SOFIA. ¡Adelaida!
(Se abrazan, y en este momento aparece Jorge por el fondo.)

ESCENA XI.

Las MISMAS y JORGE.

MUSICA.

JORGE. ¡Cuadro gracioso
y encantador!
SOFIA. ¡El consejero! (Ap. las dos.)
ADEL. Salir nos vió,
y aqui le arrastra
cierta aficion.
SOFIA. Por tí sin duda.
ADEL. Por tí mejor.
SOFIA. Digo que sí.
ADEL. Digo que no.
JORGE. ¡Unidas siempre!
ADEL. Somos las dos,
somos amigas
de corazon. (Se cogen las manos.)

—

LAS DOS. Las manos siempre palma con palma,
siempre en estrecha conformidad,
las dos tenemos tan solo un alma,
y una es de entrambas la voluntad.
Asi formando un ser—y hermanas en amor,
partimos el placer—lo mismo que el dolor.
JORGE. Si no temiera perder mi calma,
yo con la misma fraternidad
poner quisiera tambien el alma
en esa estrecha comunidad.
Si tal pudiera ser—partiera sin temor
con ambas el placer—con ambas el dolor.

—

ADEL. Respetable consejero;
¡no es posible!
JORGE. ¿Por qué, pues?
ADEL. El amor mas verdadero
aun no basta para tres.
JORGE. ¡Oh qué atraso! (¡Qué inocencia!)
ADEL. Es muy corta mi instruccion.

JORGE. Ó teneis poca experiencia,
ó chiquito el corazon.
SOFIA. En los hombres no lo extraño.
ADEL. Es en ellos tan vulgar...
SOFIA. La perfidia...
ADEL. ¡Y el engaño!
SOFIA. Y embarcar...
ADEL. ¡Por embarcar!
JORGE. (Aunque niegue el argumento,
razon tienen, ¡vive Dios!
y la prueba es que me siento
indeciso entre las dos.)
¿Quién injusto nos infama?
¿quién del hombre os habla asi?
ADEL. Es tan grande vuestra fama,
¡ya lo veis! que llega aqui.
JORGE. Mi cariño, si eso es cierto,
diferente á ser vendrá.
Una sola aqui me ha muerto.
SOFIA. (¡Tiemblo toda!)
ADEL. (¡Quién será!)

—

JORGE. Yo el alma sumisa
rindiera á mi amada,
por una sonrisa,
por una mirada.
Fatal es mi estrella:
sin dicha nací,
que adoro y mi bella
se burla de mí.
LAS DOS. (¿De quién se querella,
si aun no conocí
si viene por ella,
si viene por mí?)

ESCENA XII.

DICHOS y CRAMER.

HABLADO.

CRAMER. ¿Qué es esto, niñas? ¡por Dios!
se estan repartiendo ya
los premios.
ADEL. Decid; ¿y habrá
coronas para las dos?
CRAMER. ¡Por supuesto!—¡Ea, volad!
la obligacion es primero.
ADEL. Este señor consejero
nos entretuvo.
JORGE. Es verdad.
CRAMER. ¡Siendo asi!... ¡Pero, hija mia!
no debe faltarse, cuando...
ADEL. Nos estaba examinando.
CRAMER. ¿De qué?
ADEL. De fisonomia,
del alma, y del corazon...
SOFIA. ¡Calla, Adelaida! ¡no seas (Ap. á Adelaida.)
el diablo!
CRAMER. ¡No son corcheas?
no entra en mi jurisdiccion.
JORGE. El premio os vienen á dar. (Mirando adentro)
CRAMER. ¿En el jardin?
JORGE. ¿Qué os admira?
CRAMER. ¡Pero la etiqueta!... Mira
á lo que has dado lugar!

ESCENA XIII.

DICHOS, NICUASER y EDUCANDAS, algunas de las cuales traen en la cabeza coronas de laurel.

NICUAS. La mayor satisfaccion,
hijas, que debe tener
el que estudia, es la de ver
premiada su aplicacion.

Ambas teneis esa gloria.
Sofia de...—Su apellido
no consta.—Habeis merecido
el primer premio de historia.
(Dándole una corona, que tomará de manos de una educanda.)
—¿Adelaida Walstein?

CRAMER. Sal
aqui; ¿y aquel desenfado?

ADEL. Presente.

NICUAS. Habeis alcanzado
el de canto.

ADEL. ¡Es natural! (Recibiendo su corona.)

SOFIA. Ven; troquemos de laurel. (Ap. á Sofia.)

ADEL. Asi cumplo mi promesa. (Truecan las coronas.)

JORGE. ¿Has sabido quién es esa? (Ap. á Nicuaser.)

NICUAS. La hija del conde de Zell.
Y piensa reunirse en breve
con su padre desterrado.

JORGE. ¿Su padre? está perdonado.

NICUAS. Y esa gracia; ¿á quién la debe? (Con malicia.)

JORGE. Calla, Nicuaser.

NICUAS. Ya callo.

ESCENA XIV.

DICHOS y PEDRO, que sale corriendo.

PEDRO. Era verdad, señor tio.
Quebró Walstein.

ADEL. ¡Padre mio!

PEDRO. Y huyó... á uña de caballo.

CRAMER. ¡Miserable! (Amenazándole.)

PEDRO. ¿Pues qué he hecho?

ADEL. ¡Hablad! (Á Pedro.)

CRAMER. Escucha con calma.

ADEL. Tranquila tengo yo el alma:
quieto y sosegado el pecho.
Mas quiero la verdad pura.

CRAMER. Pues... ¡esta es la vida humana!
lo que era ayer no es mañana.
—¿Lloras, hija?

ADEL. ¡Qué locura!
Ha de faltarme el aliento
y he de plegarme á un capricho
de la suerte?—Me habeis dicho,
maestro, que tengo talento.
CRAMER. ¡Vaya!
ADEL. Y habilidad.
CRAMER. Mucha.
¿Mas de qué podrán valerte?
ADEL. ¡Señor! para un alma fuerte,
tiene su encanto la lucha.
Si á un padre á quien idolatro
logro salvar, qué alegria!
CRAMER. ¿Qué vas á hacer, hija mia?
ADEL. ¡Voy... á lanzarme al teatro!
(Exclamacion general: todas las educandas se alejan de Adelaida, excepto Sofia, que parece animarla con sus ademanes y gestos de aprobacion. Cramer queda como abismado.)

MÚSICA.

CRAMER. Esas desdichadas
viven entre amores,
bravos y palmadas,
víctores y flores.
¡Ay, si te inficiona
esa seduccion!
Báste esa corona
para tu ambicion.
ADEL. Logre afortunada
víctores y flores:
no me importan nada
penas ni dolores.
Suerte mia, abona
esa prediccion!
Pobre es mi corona
para mi ambicion.
SOFIA. Si la suerte abona
esa prediccion;
bella es tu corona,

noble tu ambicion.

PEDRO. ¡Qué cosa tan mona!
¡Qué combinacion!
ella *prima donna*,
yo primer bajon.

JORGE y NIC. Hay en su persona
cierta distincion.
Brava *prima donna*!
buena adquisicion!

CORO. (Yo, si conquistara
víctores y amores,
¡ay! ¡cómo dejara
títulos y honores!)
Esa pobretona (Unas á otras.)
por su aplicacion
lleva una corona!
¡Vaya una razon!

—

ADEL. ¡Decidida está mi suerte!
al teatro!

CRAMER. Y yo te sigo!
Adelaida, hasta la muerte,
tu maestro irá contigo.

ADEL. ¡Ah, señor!

CRAMER. Tú siempre fuiste
mi consuelo y mi alegria,
y hoy tambien en esa triste
profesion, seré tu guia.

ADEL. Mi esperanza se renueva.

PEDRO. ¡Que es pecado! (Ap. á Cramer.)

ADEL. Si á ese extremo
vuestro noble afecto os lleva,
ya no dudo, ya no temo.

—

Me espera ya la gloria
y yo sus palmas conquistaré.
¡Quién duda de la victoria
teniendo amor, teniendo fé!

SOFIA. Te espera ya la gloria,
y yo tus triunfos aplaudiré.
¡Quién duda de la victoria
teniendo amor, teniendo fé!

JORGE y NIC. La espera ya la gloria,
y yo sus triunfos aplaudiré.
¡Quién duda de la victoria
teniendo ardor, teniendo fé!

CORO. La espera ya la gloria,
y yo sus triunfos envidiaré.
¡Quién duda de la victoria
teniendo ardor, teniendo fé!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cuarto de Adelaida en el teatro Real de Hannover, con puerta al fondo, que es la de entrada, y otra á la derecha, que dá paso á su tocador. Á la izquierda una puerta de escape. En el mismo lado y cerca del proscenio, un monacordio.

ESCENA PRIMERA.

CRAMER; luego los CORISTAS, vestidos de egipcios.

CRAMER. ¡Idólatras!—¡No me entienden!
(Desde la puerta del fondo y hablando á los de dentro.)
—¡Egipcios! ¡venid acá!
¡Coristas!—¡Gracias á Dios!
(Empiezan á entrar los Coristas.)
(¡Seis... ocho!... Todos estan.)
¡Señores, vamos á cuentas!
Ninguno me negará
que el acto segundo ayer
fué un acto... de crueldad.
La orquesta iba por Pekin;
vosotros por Astracan,
y luego, no hay en el coro
calor ni movilidad!
Este con las bambalinas
se emboba: el de mas allá
apuntala un bastidor,

y aquel parece un costal.
Y la mímica, señores,
que es el arte de expresar
los afectos... y otras cosas
sin el órgano vocal?
¡Es preciso convencerse!
Un corista es algo mas
en la escena, que un autómata
ó máquina de cantar.
—¡Á ver! ¡actitud severa!
¡cara de comer agraz!
¡torva la mirada!—Gentes
que se atreven á adorar
al buey Apis, no han de ser
lo mismo que los demas.
En llegando á aquel pasaje,
¡digo! á aquel verso final... (Tarareando.)
extendeis asi las manos,
como quien dice: «¡la mar!»
La bandera que se agita,
es esto; ¡pero á compás!
(Haciendo con la mano un movimiento espiral.)
—Yo soy Marco Antonio; veamos
si habeis comprendido ya.

MUSICA.

Mirad aquella nave
que sobre el mar inquieto se resbala,
tranquila como el ave
que tiende al viento perezosa el ala.
¡Vereis tras ella luego
una y otra asomar! Es el tirano
desvanecido y ciego
que á Roma oprime con pesada mano.

—

Celoso de la hermosa
que tierna me idolatra,
el trono de Cleopatra
se apresta á derribar.

Mi hueste numerosa
inunde esas riberas,
y á miles sus banderas
retrátense en el mar.

CORO. La hueste numerosa
(Accionando con alguna exageracion.)
inunde esas riberas,
y á miles las banderas
retrátense en el mar.

HABLADO.

CRAMER. ¡Muy bien! ¡bravo! Lo que es hoy
no lo habeis hecho muy mal.

ESCENA II.

DICHOS y el AUTOR, que sale con un gran cartel en la mano.

CRAMER. ¿Qué es eso, Autor?

AUTOR. Estoy viendo
el cartel...—¡Mirad, mirad!
(Lee.) «Teatro Real de Hannover. Para so-
»lemnizar la entrada de su majestad Jorge
»primero de Inglaterra en la capital de su
»ducado, ha dispuesto la compañia una fun-
»cion extraordinaria, que se verificará hoy
»veinticuatro de agosto de mil setecientos
»catorce. Se pondrá en escena la aplaudida
»ópera, en dos actos, del maestro Capitoli-
»ni, titulada: *Cleopatra, reina de Egipto.*»
—¡Con letras de seis pulgadas!
(Lee.) «En ella desempeñará el papel princi-
»pal la señora Adelaida Walstein, primera
»actriz de los teatros de Alemania.»

CRAMER. ¿De Alemania nada mas?
—Primera actriz de la Europa,
del mundo... y de mas allá.
—Esto ha debido decir.

AUTOR. Cierto es que podeis estar
orgulloso de tener

una discípula tal.

CRAMER. ¡Autor! quién me hubiera dicho
cuando la ví coronar
en el convento, que habia
de venir?...

AUTOR. ¡Conque es verdad
que se crió en un convento!

CRAMER. Á dos pasos de aqui está.
¿El veinticuatro de agosto,
no es hoy?—¡Qué casualidad!
Mil setecientos catorce...
—Cinco años hace: ¡cabal!

AUTOR. Y entonces, ¿la destinaban
al teatro?

CRAMER. ¿Quereis callar?
—Las desgracias de su padre...
Mas si he de decir verdad,
ella tiene vocacion
por esta vida fatal.
Asi fué que ni mis lágrimas
la pudieron ablandar.
Salió al teatro; y yo entonces
tuve una esperanza...

AUTOR. ¿Cuál?

CRAMER. Dije yo: si la gritaran
á su salida, quizás...
Pero ¡qué! de todas partes
la aplaudieron á rabiar;
y yo, ¡me reconcomia
de angustia... y de vanidad!
Desde entonces, yo la ensayo
sus papeles de pé á pá,
y tambien parto con ella
los aplausos que la dan.
Si oigo palmadas, me pongo
desde dentro á saludar
como si fuera conmigo.
¡Es una debilidad!
Y cuando la echan coronas
ó flores, cojo la mas
chiquita, y la beso á solas!
¡que es una infamia! ¿es verdad?

AUTOR. No, que lo habeis merecido.
CRAMER. ¡Por ella vengo á ensayar
á estos paganos! ¡por ella
vivo en pecado mortal!

ESCENA III.

DICHOS y ADELAIDA, que sale de su tocador en el traje de Cleopatra.

ADEL. ¿Vacilais, maestro?
CRAMER. La duda
no cabe en quien te idolatra.
ADEL. ¡Bien! ¡bien!—¡Señores! Cleopatra,
reina de Egipto, os saluda.
—¡Ay! ¡qué figuras tan raras! (Ap. á Cramer.)
CRAMER. Egipcios al fin, querida.
ADEL. ¡Qué vasallos! ¡en mi vida
he visto tan malas caras!
CRAMER. Pues con eso los encomias.
La verdad asi lo ordena,
que es el lugar de la escena
Egipto, pais de momias.
ADEL. ¿Estoy bien?
CRAMER. ¡Oh, celestial!
¡hermosa!
ADEL. No es la belleza...
—¿Tengo toda la grandeza
de la majestad real?
CRAMER. ¡Vaya! eres toda una actriz.
ADEL. Por dos horas me ha tocado
ser reina. ¡Corto reinado!
¡Dios quiera que sea feliz!
—Maestro, dadme la corona.
—Ya el fuego sacro me inflama.
CRAMER. ¡Si vieras cómo la fama
tu triunfo de ayer pregona!
ADEL. ¿Agradé mucho?
CRAMER. De un modo
extraordinario.
ADEL. ¡Tenia
tanto miedo!... Y todavia

no estoy tranquila del todo.

CRAMER. ¿Es posible? ¡qué delirio!

ADEL. ¡Triste del que se presenta
á un público nuevo, y cuenta
por instantes su martirio!
La duda, el ansia, el temor
que en ese trance le amargan,
sus facultades embargan
y amilanan su valor.
Pero luego, cuando ya
se confia en su indulgencia,
entonces... ¡oh! su presencia
nuevo espíritu nos dá.
Y al contemplar tantas almas
que inmóviles, sin aliento
escuchan, y en un momento
baten con calor las palmas,
se siente un placer tan vivo,
tan grande, tan singular!
—¡Yo no sé cómo pagar
los aplausos que recibo!

CRAMER. Tú con los espectadores
has celebrado ya el pacto...
(Se oye una campanilla.)

AUTOR. ¡Que se vá á empezar el acto
segundo! ¡Vamos, señores! (Á los Coristas.)

CRAMER. ¡Cuidado! ¡gesto feroz,
y expresion y valentia!
(Se van los Coristas con el Autor.)
No hay que olvidarlo.—¡Hija mia!
y tú, ¿cómo estás de voz?

ADEL. Ya juzgareis. (Hace algunas escalas.)

CRAMER. ¡Peregrina!
Mas cuenta con aquel paso...
¡ta, ra rá!

ADEL. Daré un repaso
á toda mi cavatina.
(Cramer se sienta, y figura que la acompaña en el monacordio.)

MUSICA.

Pese al dios Tonante,
de mi Antonio amante
vive aquí guardada
la memoria fiel.
¡Áspid venenoso!
pues murió mi esposo,
yo tambien airada
partiré tras él.

—

¡Ondas del Leteo!
si morir deseo,
es porque á sus brazos
me lleveis mejor.
Esa tirania
no podrá ya impia
desatar los lazos
que estrechó el amor.

ESCENA IV.

DICHOS y PEDRO, con el bajon debajo del brazo.

HABLADO.

PEDRO. ¿Dónde está?
CRAMER. ¿Por quién preguntas?
PEDRO. ¡Ahí en ese corredor
(Señalando á la puerta secreta.)
le he visto.
CRAMER. ¿Á quién? (Impaciente.)
PEDRO. ¿No lo he dicho?
—Tan pronto como me vió,
¡pif! lo mismo que en Florencia:
dió media vuelta y ¡adios!
ADEL. (¡Ah! ¡no me ha olvidado! ¡ya
me lo daba el corazon!)
¡Silencio, Pedro, silencio! (Ap. á Pedro.)
PEDRO. Habeis perdido el color.

CRAMER. Tú sí que vas á perder
la cabeza.
PEDRO. Creo que no.
La he perdido ya hace tiempo,
desde que tengo este amor.
CRAMER. ¡Infeliz! yo te prohibo
amarla.
PEDRO. ¿Y por qué razon?
CRAMER. Porque es un atrevimiento
y una infamia.
ADEL. No, señor.
—Amadme, Pedro.
CRAMER. ¡Eso es!
amadme, Pedro, que yo (Remedándola.)
amaré al otro, y con eso
tendré uno.... y tendré dos.
ADEL. ¡Mentís! ¡yo no quiero á nadie!
¡á nadie!
CRAMER. Tanto mejor.
ADEL. Pero si me aman, en ello
tengo una satisfaccion.
CRAMER. (Ap. á Pedro.)
¡Vamos! ¿y qué es lo que esperas,
necio galanteador,
de ese afecto?
PEDRO. ¿Lo que espero?
¡Pues me gusta la aprehension!
Casarme con ella.
CRAMER. ¡Tú!
PEDRO. Yo.
CRAMER. ¿Tú?
PEDRO. ¡Yo, yo, yo, yo, yo!
CRAMER. ¡Imbécil! (Alejándose de él.)
PEDRO. (¡Si no mirara
que es mi tio!...)

ESCENA V.

DICHOS y el AUTOR.

CRAMER. ¿Qué hay, Autor?
AUTOR. No hay billetes: se ha devuelto

dinero: ¡qué compasion!
¡Está ahogándose la gente,
y hace en la sala un calor!...

CRAMER. ¿Y el coro?

AUTOR. Ha estado admirable.

CRAMER. Mi trabajo me costó.

AUTOR. Todo vá bien.

UNA VOZ. (Dentro.) ¡Señorita
Adelaida!

ADEL. Al punto voy.
—Silencio, Pedro, ó reñimos.
(Ap. á Pedro, y váse seguida de Cramer y el Autor.)

CRAMER. ¡Vamos, hija! ¡con valor!
—¡Pedro, á la orquesta!

ESCENA VI.

PEDRO, solo.

¡Á la orquesta!
á divertir á...—No voy.
¡Pues digo! ¡está el alcacer
para zampoñas!... ¡Que no! (Furioso.)
¡Y aunque quisiera, no puedo!
(Prueba á tocar y no puede.)
—¡No puedo! ¿será el temblor?
—¡La música está de luto!
voy á olvidar el bajon..
—¡Pobre instrumento! inocente
víctima de mi furor ..
¡erótico! ¡inseparable
testigo de mi pasion!

MUSICA.

Tan fuera de mi centro
me tiene esta locura,
¡ay! que ni encuentro
la embocadura.
(Toca, y despues de unos momentos dá una pifia.)
¡Ay, Pedro, Perico! ¡luciéndote estás!

¡Has dado una pifia! ¡perdiste el compás!

—

Tan flaco de sentido
te tiene esa hermosura,
¡ay! que has perdido
la embocadura.

(El mismo juego.)

¡Ay, Pedro, que en vano cansándote estás!
¡has dado una pifia! ¡perdiste el compás!

ESCENA VII.

PEDRO y DOS LACAYOS, que salen por la puerta secreta, el uno con una caja de aderezo y el otro con un ramo de flores.

HABLADO.

PEDRO. ¡Me gusta! ¿qué gente es esta
que se entra aquí de rondon?
¡Eh, señores mios!

LAC. 1.° ¡Ah!
(Con tono y ademan trágicos.)

PEDRO. ¿Qué es lo que aquí buscan?

LAC. 2.° ¡Oh! (Lo mismo.)

PEDRO. ¡Oh! ¡ah! (¡Qué amena y qué alegre
tienen la conversacion!)
(Los Lacayos colocan sobre una mesa la cajita y las flores.)
Yo necesito saber...

LAC. 1.° ¡Ah!

LAC. 2.° ¡Oh!

PEDRO. ¡Caramba, ya estoy
cargado!

LAC. 2.° ¡Oh! (Saludando.)

LAC. 1.° ¡Ah!
(Lo mismo, y se van los dos por la puerta secreta.)

PEDRO. ¡Y se fueron
dejando aquí!...—¡Horror, horror!
(Viendo la cajita.)

ESCENA VIII.

PEDRO y ADELAIDA.

ADEL. ¿Qué es eso?
PEDRO. ¡Qué picardia!
ADEL. ¿Por qué gritais?
PEDRO. ¡Un ladron!...
¡Dos ladrones!...
ADEL. ¿Es posible?
PEDRO. ¡Si! nada menos que dos.
ADEL. ¿Qué se han llevado?
PEDRO. Al contrario,
han dejado.
ADEL. Eso es mejor.
—¡Ay, qué aderezo tan lindo!
PEDRO. ¿No os llenais de indignacion?
ADEL. ¡No!—¿Y qué han dicho?
PEDRO. Muchas cosas.
ADEL. ¿Á ver?...
PEDRO. ¡Muchísimas!—¡Oh!
¡ah! y nada mas.—Ese obsequio
será de algun seductor.
ADEL. ¡Callad, Pedro!
PEDRO. ¡No me callo!
¡Estoy estallando! estoy...
¡Pero os dejo por coqueta!
esto será lo mejor.
(Váse por la puerta del fondo.)

ESCENA IX.

ADELAIDA, luego JORGE.

ADEL. ¡Qué magnífico aderezo!
¡cada brillante es un sol!
—Pero ¿cómo habrán entrado
hasta aqui?...
JORGE. Como entro yo.
(Por la puerta secreta. Adelaida dá un grito.)

MUSICA.

JORGE. (¡Tiembla de verme!)
ADEL. (¡Ya le esperaba,
y ahora su vista
me sobresalta!)
JORGE. Temo y espero;
que esa mirada
ni bien es dulce
ni bien amarga.
ADEL. Yo no he mudado:
con eso basta.
JORGE. ¡Feliz quien oye
tales palabras!

—

Albricias á mi suerte
mando este dia,
si bien hasta hoy la debo
muchas fatigas.
¡Quién lo creyera,
que tan grandes dolores
hay en la ausencia!
ADEL. Las penas ponderadas
pronto se alivian,
que tienen ya consuelo
solo en ser dichas.
—Mala es la ausencia;
pero el alma constante
no desespera.
JORGE. Con este amor luchando,
triste y gimiendo,
suspiros enviaba
siempre á mi dueño.
Y esto ha podido
aliviar solamente
tanto martirio.
ADEL. ¡Suspire enhorabuena!
no se lo vedo,
si encuentra que se alivia
solo con eso.
¡Quéjese, digo!

medicina del alma
son los suspiros.

—

JORGE. Mas explícita os deseo,
que no acierto á comprender
si de burlas ó de veras
escuchais mi amante fé.

ADEL. ¡Yo á mí misma no me entiendo!
uno y otro puede ser.

JORGE. Mas decidme si mi pena
tendrá fin alguna vez.

ADEL. No lo sé.

JORGE. Si mas piadosa...

ADEL. Ya le he dicho que no sé.

—

Vamos amando,—que ello dirá;
el cómo y cuándo—su fin tendrá.

JORGE. (Vamos amando,—que ello dirá
si altivo ó blando—su pecho está.)

HABLADO.

JORGE. ¡Mi bien!

ADELA. ¡Pero qué imprudencia!

JORGE. ¡Esas miradas encienden
mi corazon!

ADEL. ¡Si os sorprenden,
como sucedió en Florencia!...

JORGE. No temais: aqui seré
sin duda mas venturoso.

ADEL. Comprometeis mi reposo.

JORGE. No me lo perdonaré.
¡Mas soy tan feliz ahora!
Esta noche os he admirado...

ADEL. Desde aquel palco cerrado.

JORGE. ¿Cómo lo sabeis, señora?
Yo que he hecho un largo camino
y que á sorprenderos vengo...
—¿Quién os lo ha dicho?

ADEL. Es que tengo
conmigo cierto adivino.
(Poniendo la mano sobre el corazon.)

JORGE. ¿De veras?
ADEL. ¡Mucho que si!
y os esperaba tambien.
JORGE. ¡Ah!
ADEL. Pero decidme: ¿quién
manda estas cosas aqui?
JORGE. ¡No me hableis de eso, por Dios!
ADEL. Mi posicion no es tan alta...
JORGE. Son adornos que hacen falta
á una reina como vos.
ADEL. Pero hay regalos, y en vano
decir lo contrario intente,
que se admiten solamente
de un amigo... ó de un hermano.
JORGE. ¡Cómo! ¿y nunca del amor?
ADEL. ¡Nunca! y con verdad lo digo.
JORGE. Pues bien: yo soy vuestro amigo.
ADEL. Pronto lo ha dicho, señor!
En eso de la amistad
suele haber muchos engaños.
JORGE. ¡Pero hace ya tantos años
que os conozco!...
ADEL. Eso es verdad.
JORGE. Ya recordareis aquel
dia, para mí presente,
en que ciñó vuestra frente
del genio el verde laurel.
ADEL. No lo he olvidado tampoco.
JORGE. ¡Laurel de feliz agüero!
(Señalando á la corona.)
ADEL. ¿Y vos, señor consejero,
habeis medrado?
JORGE. Y no poco.
ADEL. ¡Hola!
JORGE. ¡Si, Adelaida mia!
Pero aunque tanto he ganado;
¿qué me importa? á vuestro lado
olvido mi gerarquia.
ADEL. ¿Sois ministro? (Con tono burlon.)
JORGE. ¡Vaya! y mas.
Amigo del soberano;
tengo con él mucha mano!

ADEL. ¿Sois favorito?...
JORGE. Quizás.
ADEL. ¡Hola! ¡Hola!
JORGE. Y tiene un capricho:
se ha empeñado en que me ameis.
ADEL. ¿Si? ¿Pues de qué lo sabeis?
JORGE. No hace nada que lo ha dicho.
ADEL. ¿Está aqui?
JORGE. Aqui está.
ADEL. ¡Qué idea!
—¡Puede hacerme tan dichosa
el rey!
JORGE. ¡Qué! ¡no es otra cosa!
Pues eso es lo que él desea.
ADEL. Si de mi padre proscripto
logro el perdon alcanzar...
JORGE. ¿Qué cosa podrá negar
á la gran reina de Egipto?
ADEL. ¡Ay! Buscad alguna traza
de que pueda su perdon
implorar...
JORGE. ¡Buena ocasion!
Esta noche vá de caza.
ADEL. ¿Esta noche? ¿qué decis?
¿Y cómo?...
JORGE. ¿No se os alcanza?
Con antorchas, á la usanza
de los nobles del pais.
—Venid conmigo.
ADEL. ¡Qué espanto!
JORGE. Y os presentaré.
ADEL. ¿Tan tarde
y con vos?—No soy cobarde,
pero no me atrevo á tanto.
JORGE. Perdeis la oportunidad...
ADEL. No importa; ¿pero qué digo?
—El maestro irá conmigo,
y esto es lo justo; ¿verdad?
JORGE. ¡Bien! ¡bien! (Yo lo arreglaré.)
¿Y al fin no habrá para mí
esperanza?
ADEL. Creo que sí;

pero no lo juraré.

(En este momento aparece Cramer, en actitud de observar, por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

ADELAIDA, JORGE y CRAMER.

CRAMER. (Bien sospechó mi sobrino.)
ADEL. ¡Mi maestro!
CRAMER. Perdonadme.
—¿A quién buscais, caballero?
JORGE. No es á vos.
CRAMER. ¿Se burla? (¡Calle!
yo me acuerdo de haber visto
esa cara en otra parte.)
JORGE. Cuando venga el coche, un criado
(Ap. á Adelaida.)
os avisará al instante,
y os dirá por contraseña:
¡Amor!
ADEL. Volveré á mi padre
honra y patria.
CRAMER. (Este señor
ni aun se ha dignado mirarme.)
—¡Caballero!...
JORGE. No tardeis. (Ap. á Adelaida.)
CRAMER. Digo, que aqui no entra nadie...
y que...
JORGE. ¿Qué?
ADEL. ¿Qué?
CRAMER. Que yo he visto
esa cara en otra parte.
JORGE. ¡Já! ¡já!
CRAMER. ¡Salid al momento!
(Viendo que Jorge se dirige á la puerta secreta le intercepta el paso.)
¡pero por la puerta grande!
¡sin misterio! Asi será
mas público su desaire.
JORGE. Eso no.
ADEL. ¡Pero, maestro!

moderad ese lenguaje,
y mirad...

CRAMER. Ya lo he mirado:
tu reputacion es antes...

ESCENA XI.

DICHOS, PEDRO y el AUTOR. Este sale muy abatido, y aquel lleno de gozo. Jorge, aprovechando la confusion de la escena que sigue, se oculta en el tocador de Adelaida.

PEDRO. ¡Bravo! ¡bien! ¡ya se acabó
la funcion!

AUTOR. ¡Terrible lance!

CRAMER. ¿Qué pasa?

PEDRO. ¡Nada! el esclavo
que debe sacar los áspides
ha rodado la escalera.
(Restregándose las manos con placer.)

ADEL. ¿Y qué?

PEDRO. Salva sea la parte,
se ha descoyuntado un pié.

CRAMER. Buscad otro.

PEDRO. ¡Si! ¡al instante! (Irónicamente.)
—¡Pero si es un *partiquino*!
¡quién canta aquellos compases!...

CRAMER. Tiene razon Pedro: aquella
melodia entre el andante
y la cabaleta.—¡Autor,
es preciso resignarse!

ADEL. ¡Adios, esperanza mia!
fracasan todos mis planes.

PEDRO. Solo un medio hay de salir
del apuro, y es muy fácil.

ADEL. ¿Cuál? (Con ansiedad.)

PEDRO. Devolver el dinero.

AUTOR. ¿Qué dice ese botarate? (Furioso.)

ADEL. ¡Ah! ¡qué idea tan feliz!
¡Autor! escuchad aparte.
(Le habla al oido.)

AUTOR. ¡Y es verdad!—Al punto vuelvo. (Vase.)

ADEL. ¡Maestro! ¡mi segundo padre!

(Con mucha zalameria.)
vos sabeis la melodia;
¿verdad?

PEDRO. ¡Vaya si la sabe!

CRAMER. Si, como todas tus óperas:
todas, sin faltar un ápice.

ADEL. ¡Pues bien! me dareis la vida;
y aunque el sacrificio es grande,
lo hareis por mí; ¿no es verdad?

(Sale el Autor con un criado que trae un vestido talar de egipcio.)

AUTOR. ¡Vamos pronto, señor Cramer!

CRAMER. ¿Qué es esto? Yo no comprendo...

AUTOR. ¡Pronto! poneos ese traje.

CRAMER. ¿Yo? ¿para qué?—¡Ave Maria!
(Comprendiendo.)
¡qué horror! ¡Pues como me enfade!...
—¡Fuera de aqui!

PEDRO. (Riéndose.) ¡Pobre tio!

ADEL. ¿Conque no quereis sacarme
de este apuro?—Si supierais...

CRAMER. ¡Un hombre de mi carácter,
que ha enseñado en un convento
el miserere y la salve!

ADEL. Está aqui...

CRAMER. ¿Quién está?

ADEL. ¡El rey!
¡el mismo rey!

CRAMER. ¡Eso es grave!

ADEL. De incógnito para oirme
viene.

CRAMER. ¡Qué rey tan amable!
(Enternecido.)

ADEL. Quiero pedirle una gracia.

CRAMER. ¿Cuál?

ADEL. El perdon de mi padre.
—Si me abandonais, hoy dejo
el teatro.

CRAMER. ¡Yo abandonarte!
—Lo haré.

PEDRO. Vá á desafinar...

CRAMER. ¡Este quiere provocarme!...

—«Aqui estan, reina y señora...»
(Cantando.)

ADEL. ¡Muy bien! ¡muy bien! ¡admirable!

AUTOR. ¡El ritornelo del aria! (Á Adelaida.)
¡Vamos!

ADEL. ¡Vamos!
(Váse corriendo por el fondo.)

ESCENA XII.

CRAMER, PEDRO y el AUTOR, que con el criado ayuda á Cramer á vestirse.

CRAMER. Disfrazadme
bien, señores.

AUTOR. La peluca.

CRAMER. Que no me conozca nadie.
¡Mucho colorete! ¡mucho!
—¡Cierra los ojos, buen ángel
de mi guarda!

PEDRO. Los oidos
son los que debe taparse.

CRAMER. «Aqui estan, reina y señora...»
(Cantando.)

AUTOR. Llegó el momento.

CRAMER. ¡Adelante!
(Despues de un instante de indecision, se vá seguido del Autor y el criado.)

ESCENA XIII.

PEDRO, luego JORGE, que sale del tocador.

PEDRO. Si le dieran una grita
de aquellas monumentales,
dejarian el teatro...

JORGE. Se fueron.

PEDRO. (¿De dónde sale
este hombre?)

JORGE. ¿Quién está aqui?
Pero si pierdo un instante...)
(Se dirige hácia la puerta secreta.)

PEDRO. (El mismo que ví en Florencia:
el mismo en cara y en talle.)
—¡Alto! (Cerrándole el paso.)
JORGE. ¿Qué es eso? ¡insolente!
PEDRO. No le permito que pase
sin que yo sepa quién es,
á qué ha venido y qué trae...
ó qué lleva.
JORGE. ¡Temerario!
PEDRO. (¡Aqui vá á correr la sangre!)
JORGE. ¡Abre paso, ó vive el cielo!...
PEDRO. ¿Quereis reñir?
(Preparándose para andar á puñetazos.)
JORGE. ¡Miserable!
¡soy el rey!
PEDRO. ¡El rey!
JORGE. ¡Cuidado
con que lo digas á nadie!
(Váse por la puerta secreta.)

ESCENA XIV.

PEDRO, un momento despues ADELAIDA.

PEDRO. ¡Soy perdido! ¡el rey!—¡Me tiemblan
las piernas! ¡tengo calambres!
ADEL. ¡Pedro!
PEDRO. ¡Aqui no hay Pedro! estás
hablando con un cadáver.
ADEL. Estoy loca de alegria.
—Si quisiera dedicarse
al teatro...
PEDRO. ¿Quién? ¿el rey?
ADEL. ¡No digas mas disparates!
—¡Pobre maestro! le echaban
coronas de todas partes.
PEDRO. ¡Han aplaudido á mi tio!
(Ya no vá á haber que le aguante.)
—¿Es de veras?
ADEL. Si, buen Pedro.
PEDRO. ¡Pero qué cosas se aplauden!
ADEL. ¡Y delante del rey!

PEDRO. Eso
será lo que tase un sastre.
ADEL. ¿Qué dices?
PEDRO. Que lo sé todo,
y que el rey es vuestro amante,
y estaba escondido allí...
(Señalando al tocador.)
ADEL. ¡Allí! ¿de dónde lo sabes?
PEDRO. Le he visto.
ADEL. ¡Gran Dios!
PEDRO. ¡Me puso
una cara de vinagre,
y me dijo... «Soy el rey!»
Hizo bien en declararse,
porque si no... (—¡Todavia
me estan temblando las carnes!)
ADEL. (¡Si, sus palabras ambiguas,
su altivez, sus ademanes!...
¡Es el rey!—¡Corazon mio,
no me atrevo á interrogarte!)

ESCENA XV.

DICHOS, CRAMER, el AUTOR y CORISTAS de ambos sexos. Cramer viene cargado de coronas y ramos de flores. En su fisonomia se dejan ver el orgullo y la satisfaccion. Todos los actores le rodean y le felicitan con demostraciones de cariño y entusiasmo.

MUSICA.

CRAMER. ¡Hija querida! ¡Pedro adorado!
¡no he visto público tan ilustrado!
¡qué inteligencia! ¡qué buen criterio!
y sobre todo, ¡qué buena fé!
ADEL. Solo el talento le ha conquistado
esas coronas que le han echado.
Yo envanecida, siempre al imperio
de vuestro genio me humillaré.
PEDRO. (¡Cómo le miman! ¡le han embaucado!
¡qué satisfecho que se ha quedado!

¡Pobre vejete! ¡y es que habla en serio!
¡y es que lo toma de buena fé!)

CORO. ¡Tiene talento para *lo serio*
y entra en la escena con muy buen pié!

—

CRAMER. ¡Abrazadme todos, todos!
¡Esta noche soy feliz!
—¡Cuántas flores y coronas!
(Soltándolas sobre una mesa.)

ADEL. Para vos.

CRAMER. ¡No! para tí.

ADEL. Para todos hay.
(Pedro coge entre las coronas una de laurel, seca, á la que habrá atada una carta.)

PEDRO. Es cierto:
no teneis por qué reñir.
Aqui está la de mi tio.
¡No vi cosa mas ruin!

CRAMER. ¡Ah! ¡Qué es esto! es un insulto...

ADEL. ¡Una carta!... ¡Es para mí!
(Leyendo el sobre y arrancándola de la corona.)
—¡Cielo santo! (Despues de abrirla.)

CRAMER. ¿Qué te pasa?

ADEL. ¡Nada! ¡nada! permitid...

—

(Lee.) Hoy 24 de agosto es el dia de la cita; cita que has olvidado. Si S. M. la reina Cleopatra se digna venir á cenar con su amiga de colegio, esta noche irá á buscarla al teatro un criado que pronunciará á su oido la palabra «amistad.»—SOFIA.
(En este momento salen por el fondo dos criados que se acercan misteriosamente á Adelaida.)

CRIADO 1.° ¡Amor!
(Al oido de Adelaida con aire misterioso.)

CRIADO 2.° ¡Amistad! (Lo mismo.)

—

ADEL. Indecisa entre duda y temor,
ni me atrevo á tener voluntad;
mas perdone por hoy el amor,
que me espera tambien la amistad.

PEDRO. (¡Esa carta es sin duda de amor!

lo conozco en su tierna ansiedad.
Espiarla será lo mejor
y con eso sabré la verdad.)

CRAMER. De la gloria arrullado al clamor,
respirando con mas libertad,
siento ya renovado el calor
que apagaba en mi pecho la edad.

CORO. ¡Gloria! ¡Gloria al insigne cantor
que el prodigio vá á ser de esta edad!
¡Aplaudid al feliz vencedor!
¡Compañeros, su triunfo cantad!

—

(Adelaida sigue al criado segundo, que se vá por la puerta del fondo, y detrás Pedro, como espiándola: el coro entre tanto rodea á Cramer, manifestándole con sus ademanes el mayor entusiasmo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon en una quinta ó sitio real cerca de Hannover, con puertas al fondo y á ambos lados. Al levantarse el telon aparecen los nobles de la ciudad agrupados á la izquierda, y entre ellos un paje que en una bandeja trae una corona real.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE NOBLES: luego JORGE y SOFIA.

MUSICA.

CORO. En el don de esa corona
podrá ver su majestad
el amor que á su persona
guarda siempre la ciudad.

—

JORGE. Salud, vasallos. (Saliendo con Sofia.)
—Presentes veis (Á Sofia.)
de la nobleza
los de mas prez.

SOFIA. Nuestros hidalgos
vengan con bien.

JORGE. La reina os oye.

CORO. Por tal merced,
besar nos deje

sus reales pies

—

La lealtad hannoveriana
que os merece tanto honor,
á su augusta soberana
dá esta prueba de su amor.

(El Paje se adelanta y presenta la corona á la reina.)

Y haga Dios que ese fulgente
atributo del poder,
simbolice en vuestra frente
la ventura y el placer.

(El Paje se retira despues de dejar la corona sobre una mesa.)

SOFIA. En esa hermosa prueba
que vuestra ley me dá,
el puro afecto miro
de mi pais natal.
La reina, agradecida
responde á la ciudad,
y la nobleza sea
su intérprete leal.

—

CORO. Asi lo hará.

—

De nuestros reyes la alta memoria
escriba en bronce la fiel historia,
y en el severo libro imparcial
su excelso nombre guarde inmortal.

(Se retiran por el fondo, quedando solos en la escena Jorge y Sofia.)

ESCENA II.

JORGE y SOFIA.

HABLADO.

JORGE. ¡Debeis estar orgullosa!
¡Con qué cariño os festeja
vuestra nativa ciudad!

SOFIA. Cierto es que me lisonjea...

JORGE. Y os hace un digno presente
en esta hermosa diadema.
(Colocándola en la cabeza de Sofia.)
—¿Es pesada?
SOFIA. En vos consiste
que me parezca ligera.
JORGE. ¿Qué temeis?
SOFIA. ¡Os quiero tanto!
JORGE. Y yo; ¿no os he dado pruebas
de amor? Yo, duque de Hannover,
presunto rey de Inglaterra,
pude aspirar á la mano
de las más altas princesas.
SOFIA. Lo conozco.
JORGE. Y sin embargo,
impulsado por mi ciega
pasion, os hice mi esposa,
y de un gran estado reina.
SOFIA. ¡Jorge! Dios sabe que no
codiciaba esta existencia.
(Se quita la corona y vuelve á colocarla en la bandeja, cubriéndola con un velo.)
Vuestro amor era mi dicha.
JORGE. ¿Y ya no?
SOFIA. Bien lo quisiera;
pero ya, si soy amada,
no es con la misma vehemencia.
JORGE. ¡Qué aprehension!
SOFIA. Yo bien conozco
los cuidados que rodean
á un trono: por eso tengo
aversion á estas grandezas.
¡Si! porque hubierais nacido
de condicion mas modesta,
todos los bienes del mundo,
todas sus coronas diera.
JORGE. ¿Qué quereis? en esta vida
no hay felicidad completa.
SOFIA. ¡Como antes fuí tan dichosa!...
JORGE. ¿Y ya no?
SOFIA. ¡Como antes era
con vos partícipe á un tiempo

de alegrias y de penas!
Pero ¡ay! desde que hemos vuelto
á Alemania... la tristeza
se pinta en vuestro semblante,
¡y hallo en vos una reserva!...

JORGE. ¡Oh! ¡los negocios de Estado!. .

SOFIA. Conozco que mi presencia
os importuna.

JORGE. ¿Es posible?

SOFIA. Y si no, dadme una prueba:
Llevadme á la caceria
de esta noche.

JORGE. Bien lo hiciera;
mas no son esos sangrientos
espectáculos, ni esas
fatigas para una dama.
—Tengo de vos una queja.
—¿Es verdad que habeis salido
esta mañana en litera?

SOFIA. Es verdad.

JORGE. Una locura!

SOFIA. ¡Tenía tanta impaciencia
por visitar el convento
donde os ví la vez primera!
—Y allí conocí á Adelaida.

JORGE. ¿Adelaida?

SOFIA. ¡No se acuerda!
(En tono de reconvencion.)

JORGE. ¿Quién es Adelaida?

SOFIA. ¡Vaya!
una de mis compañeras,
que es actriz en el teatro
de Hannover.

JORGE. (¡Tendrá sospechas!)
Ignoro de quién me hablais.
—¡Ah! ¡vamos! ya caigo: aquella...

SOFIA. La hija de Walstein.—¡Tendria
tal satisfaccion en verla!...

JORGE. ¿Qué estais diciendo, señora?
¡Una reina de Inglaterra!...
(Yo procuraré estorbarlo.)

SOFIA. ¿No quereis? (¡Ay! ¡si supiera!...)

JORGE. ¡Os lo prohibo, Sofia!
las leyes de la etiqueta...
SOFIA. Pero...
JORGE. ¡Basta! no espereis
que ceda en esta materia.
—Conozco que en esta quinta
pasareis muchas molestias.
SOFIA. No es eso.
JORGE. Sin distracciones...
(Suena un reloj.)
SOFIA. (Las doce.)
JORGE. (La hora se acerca.)
Pero debemos mañana
entrar en la Residencia,
y empezarán los festejos
y acabará esa tristeza. (Sale un Paje.)
PAJE. ¿Señor?
JORGE. ¿Qué hay?
PAJE. Ya los monteros
vuestras órdenes esperan.
JORGE. ¿Y el maestro? (Ap. al Paje.)
PAJE. En la capilla.
—Hubo que emplear la fuerza...
JORGE. Silencio.—Aun no me despido. (Á Sofia.)
—Parece que estais inquieta.
SOFIA. No es nada.
JORGE. Hasta luego.
SOFIA. Adios.
(Me engaña.)
JORGE. (Nada recela.)
(Váse, seguido del Paje.)

ESCENA III.

SOFIA, sola.

¡Me engaña! ¡Alguna mujer
es causa de esa tristeza!
—¡Gran Dios! si esto hace la duda,
la horrible verdad, ¿qué hiciera?
¿Pero por qué me atormento?
Esta noche se renuevan

de otra edad mas venturosa
las memorias hechiceras!

MUSICA.

¡Cómo en alas del deseo
mis delirios lisonjeo,
devorando la distancia
que me aleja de esa edad!
¡Cómo diera estas riquezas
y coronas y grandezas
por volver de aquella infancia
á la inquieta libertad!

—

Mas pasaron esos dias
con mis breves alegrias,
y ahora vivo entre cadenas,
pobre reina á mi pesar.
Condenada por los cielos
al martirio de los celos,
tengo envidia hasta á las penas
que se pueden publicar.

HABLADO.

SOFIA. ¿Qué nuevas traeis?
(Á un Paje que sale por la izquierda.)
PAJE. Señora,
vuestras órdenes estan
cumplidas.
SOFIA. Pero esa dama;
ha venido?
PAJE. Aun tardará.
SOFIA. (La impaciencia me consume.)
PAJE. Mandó vuestra majestad
que para desorientarla
se la hiciera rodear...
SOFIA. Es cierto: y que no sospeche
ni quién soy, ni dónde está,
ni vea á nadie. ¿Lo habeis

entendido?

PAJE. Descuidad.

(Sofia se vá por la derecha y el Paje por el lado opuesto.)

ESCENA IV.

JORGE y varios monteros por el fondo: luego CRAMER.

JORGE. Si, señores: es magnífica
la noche! si se ha de dar
crédito á los del pais,
cuanta mas oscuridad...

CRAMER. ¡Dejadme! (Dentro.)

JORGE. ¿Qué es eso? ¿quién
asi se atreve á gritar?...

CRAMER. Dejadme, digo.
(Sale seguido de dos criados.)

JORGE. (¡El maestro!)

CRAMER. ¡Con un hombre de mi edad
cometer un rapto!

JORGE. (¡Cómo
lo habrán dejado escapar!)

CRAMER. ¡Señores!...—¡Calla! yo he visto
en otra parte... ¡Cabal!
en el teatro!

JORGE. ¡Silencio!

CRAMER. ¡Yo no me quiero callar!
Amigo, os he conocido,
y sois...

MONT. ¡Es su majestad!

CRAMER. ¡El rey!

ESCENA V.

DICHOS y SOFIA.

SOFIA. ¿Qué es esto?

JORGE. ¡Silencio! (Ap. á Cramer.)
vuestra suerte en ello vá.

SOFIA. ¡Qué miro! ¡Cramer!

CRAMER. ¡Sofia!

¡qué encuentro tan singular!

JORGE. Es la reina.

CRAMER. ¡Quién!... ¡la reina!...
¡Ah, señora! ¡perdonad!

SOFIA. ¿Cómo estais aqui, maestro?
yo os mando que lo digais.

CRAMER. (La reina quiere que hable
y el rey me manda callar.)
Yo... si...

JORGE. Pues que ya es preciso,
¡sea! os diré la verdad.
—Sabiendo que el señor Cramer
es un músico especial,
aunque modesto, le he dado
una ocasion de brillar.
Á su claro ingenio quiero
deber la marcha triunfal
con que Hannover nuestra entrada
pretende solemnizar.

CRAMER. ¿Yo, señor?

JORGE. Sois ya maestro
de mi capilla real.

CRAMER. ¿Yo? (¡Me ahoga la alegria!)

SOFIA. ¡Ah, Jorge! ¡cuánta bondad
y cuánta delicadeza!
¡Yo no sé cómo pagar!...
Cramer era mi maestro.

JORGE. ¿Cramer? ¡qué casualidad!

SOFIA. Vos lo sabiais.

CRAMER. Sin duda.

JORGE. (Ap. á Cramer.)
Ya habeis hablado de mas.
(Alto.) Adios, Cramer: vuestra gloria
empieza aqui; trabajad.
Ponedle un clave en la sala (Á un Criado.)
de los conciertos.

CRIADO. Ya está.

JORGE. Conducidle.
(Váse Cramer con los Criados.)
Y vos, señora,
¡adios!

SOFIA. ¡Adios!

JORGE. Descansad,
y hasta mañana.
SOFIA. Mañana
me tendreis que perdonar... (Sonriéndose.)
JORGE. ¿Yo perdonaros, Sofia?
¿Qué?
SOFIA. Nada: ya os lo dirán.
(Váse Jorge, seguido de los Monteros.)

ESCENA VI.

SOFIA, el PAJE.

PAJE. Ha llegado; mas no viene
sola.
SOFIA. ¿Con quién?
PAJE. Á juzgar
por la traza, es hombre humilde.
SOFIA. Algun criado quizás.
Detenedle. (Váse el Paje.)
Tengo quejas
y las empiezo á olvidar.

ESCENA VII.

SOFIA y ADELAIDA.

ADEL. ¿Dónde?...
SOFIA. ¡Adelaida querida! (Se abrazan.)
ADEL. ¡Sofia! ¡me ahoga el contento!
¡Ay! ¡mira, este es el momento
mas hermoso de mi vida!
¡Este el mas afortunado!
No es cierto que el placer mata.
SOFIA. ¿Cómo dices eso, ingrata,
despues que me has olvidado?
ADEL. ¡Quién! ¿yo olvidarte, Sofia?
¿yo olvidarte cuando soy
tu hermana, y me vés que estoy...
sollozando de alegria?
Mirame bien.
SOFIA. Me pareces

mas hermosa.

ADEL. ¡Si será
verdad! el público ya
me lo ha dicho muchas veces.

SOFIA. Tiene el público razon.

ADEL. ¡Mil gracias por el cumplido!
—No es eso á lo que he venido,
sino á pedirte perdon.
¡Falté á una cita sagrada!

SOFIA. ¡Yo no! mi ventaja es esa,
porque estaba tu promesa
en mi corazon grabada.
—Yo, rebosando contento,
con ciega y entera fé,
esta mañana llamé
á las puertas del convento;
y al penetrar en mi estancia,
¡qué hermosos me parecieron
aquellos sitios que vieron
los juegos de nuestra infancia!
¡Pregunté en vano por tí!
¡en vano!

ADEL. ¡Pobre Sofia!

SOFIA. ¡Mentira me parecia
que no estuvieras allí!
Sentí el dolor de la muerte
al tocar mi desencanto.

ADEL. Perdona.

SOFIA. He sufrido tanto,
que necesitaba verte.
Salí esta noche en secreto,
y desde un palco cerrado
tu victoria he presenciado,
¡que ha sido un triunfo completo!

ADEL. ¿Verdad?

SOFIA. Y arrojé á tus pies
entusiasmada... ¡aunque triste!
la corona que me diste,
y he guardado como ves.

ADEL. ¡Y yo la tuya! en amor
y en eso, no me aventajas.
La tengo entre mis alhajas

como la de mas valor.

SOFIA. ¿De veras?

ADEL. Nunca he olvidado,
y será en mi pecho eterna,
esta amistad dulce y tierna.
—Pero dime: ¿te has casado?

SOFIA. Y no ha sido muy fatal
mi eleccion.

ADEL. ¡Asi lo creo!
(Examinando la sala.)
—¡Qué fausto! Por lo que veo,
no debes pasarlo mal.

SOFIA. Oye: hablemos de otras cosas:
de aquellas dos colegialas
que tú conoces.

ADEL. ¡Qué malas
eramos!

SOFIA. ¡Y qué golosas!

ADEL. ¡Es verdad! ¡cuando una piensa
en eso!...

SOFIA. ¿Recuerdas cuando
íbamos chiticallando
á revolver la despensa?

ADEL. Donde estaban las toronjas...
¡aquellas gordas!

SOFIA. ¡Si, si!

ADEL. ¡Y las conservas!

SOFIA. ¡Asi
rabiaban las pobres monjas!

ADEL. ¡Qué atracones de rosquillas
nos dabamos! ¡y de nueces!

SOFIA. Pero en cambio, ¡cuántas veces
nos pusieron de rodillas!

ADEL. Como si fuera un delito,
y en esa edad...—¡Ay, Sofia!
¡qué tiempo aquel! en el dia
he perdido el apetito.

SOFIA. Pero esta noche has de honrar
mi pobre cena.

ADEL. ¡Ay, hermana!
pues si yo tuviera gana,
¿me lo habias de rogar?

SOFIA. Un dulce.
ADEL. ¡Vanidosilla!
Comprendo y te daré gusto.
SOFIA. ¿Qué entiendes?...
ADEL. Lo que es muy justo:
¡quieres lucir la vajilla!
(Se oye sonar el bajon de Pedro.)
SOFIA. ¿Qué es eso? (Sobresaltada.)
ADEL. ¡Pobre muchacho!
—¡Qué cabeza! ¡ya le habia
olvidado!—¡Entra! ¡es Sofia!
(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)
SOFIA. ¡Oye! (Queriendo detenerla.)
ADEL. No tengas empacho.
(Haciendo entrar á Pedro, que trae bajo su capa el bajon.)

ESCENA VIII.

DICHAS y PEDRO.

PEDRO. ¡Sofia! ¡Válgame Dios!
ADEL. ¿No le conoces? Es Pedro.
PEDRO. ¡No se acuerda! El del piporro;
el sobrino del maestro.
SOFIA. ¡Adelaida! ¿aqui ese hombre?
¡Dile que salga al momento!
PEDRO. ¿Cómo? eso parece echarme.
ADEL. ¿Y por qué?
PEDRO. ¡Vamos! se ha vuelto
vanidosa.
SOFIA. Hay mil razones... (Con dignidad.)
PEDRO. (¡Qué estirada de pescuezo!)
ADEL. ¿Es celoso tu marido?
¡Pues si llegara á saberlo!...
SOFIA. ¿Qué harias?
ADEL. ¿Qué? Le diria:
«amiguito, no juguemos;
el que tiene la ventura
de poseer un portento
de belleza y de virtudes,
ha de hacer por merecerlo.»

Y sobre todo, ya sabes
cuál es mi opinion en esto:
en mi casa yo he de ser
el ama, y si no, protesto.

SOFIA. Si supieras...

ADEL. Pero tú
eres como Dios te ha hecho,
y el pícaro abusará...

SOFIA. ¡Me quiere mucho!

ADEL. Me alegro.
Y si no, ya nos veriamos
las caras.—Déjanos, Pedro.

PEDRO. ¿Asi?... (Con altivez.)

SOFIA. Ya lo ois: al punto.

ADEL. Querida, vamos adentro.
(Vanse por la derecha.)

ESCENA IX.

PEDRO, solo.

¡Yo soy el primer piporro
(Hablando hácia dentro y alzando la voz.)
en el teatro! ¡el primero!
y caben en todas partes
los hombres de mi talento.
—¡Me ha cargado esa tontuela!
—Pero en esto hay un misterio
que no adivino, por mas
que me devano los sesos.
Vamos por partes: aqui
hay cena... en que yo no ceno,
y esto es sin duda que estorbo.
—¡Para algo sirve el ingenio!
—Si el rey... ¡el rey!—Todavia
no me ha salido del cuerpo
el susto! Suelen prender
á algunos por mucho menos.
¡De recordarlo estoy dando
diente con diente! Y si pienso
que á no hablar pronto...—¡Qué miro!

¡ya vuelven!—Aqui me cuelo.
(Entrase por la izquierda.)

ESCENA X.

SOFIA, ADELAIDA, PEDRO, escondido.

SOFIA. ¿Nada mas?
ADEL. Nada mas, hija.
La gloria es el alimento
de los artistas, y el dia
que hay aplausos, no comemos.
Vosotras, pobres mortales
que no remontais el vuelo
mas allá de los quehaceres
y los cuidados domésticos,
no sabeis cuán venturosas
nos hace, aunque dá sus celos,
ese amante que se llama
el público.
SOFIA. Lo comprendo.
ADEL. Pero aun no me has dicho nada...
Ya sabes si me intereso
por tu suerte, y en tres años
mortales que no nos vemos...
SOFIA. Dices bien: nuestras historias
ya es justo que nos contemos.
—La mia es breve y sencilla.
ADEL. Pues la mia, poco menos.

MUSICA.

ADEL. ¡Vamos á ver!
SOFIA. ¿Quién ha de hablar?
ADEL. Yo no he de ser.
SOFIA. Tú has de empezar.

—

ADEL. Rica de glorias y de trofeos
he realizado nuestros deseos.

Reina del arte, ya sin rival,
tengo la escena por pedestal.

SOFIA. Ya se han cumplido, por lo que veo,
tus esperanzas y mi deseo.
Gloria del arte, ya sin rival,
ciñe tu frente lauro inmortal.

—

Y en tu nuevo estado
sin duda serás
dichosa.

ADEL. Hay de todo
si digo verdad.
Hay celos, temores...
mas salgo á cantar,
y á cuatro palmadas
mis penas se van.

—

Yo soy la reina de Macedonia,
reina de Egipto, de Babilonia:
ya soy duquesa, ya emperatriz,
siempre mimada, nunca infeliz.
¡No te acobardes en mi presencia!
¡yo soy modesta, yo doy audiencia!
no te avergüences por tu humildad,
que es muy sencilla mi majestad.

—

SOFIA. Elevada á tanta altura,
tú alcanzaste entre las dos
mayor parte de ventura.
¡Qué dichosa te hizo Dios!
Tú á tus pies toda la tierra
inclinada viendo estás.
Yo soy reina... de Inglaterra.

(Levantando el velo y dejando descubierta la corona. La cortina, tras de la cual está Pedro escondido, se mueve, pers sin que se vea al actor.)

ADEL. (Asombrada.)
¡De Inglaterra!

SOFIA. (Con modestia.) Nada mas.

(Adelaida quiere arrojarse á los pies de Sofia, y esta se lo impide.)

—

ADELAIDA.

¡Mi augusta soberana, mi reina es la que miro!
¡Decidme que es un sueño! ¡decidme que deliro!
De aquel amor los lazos—rompiéronse, y despues...
la que subió á esos brazos,—ni aun merece esos pies.

SOFIA.

Robóme esta grandeza, la paz por que suspiro.
¡Bendita la sencilla pobreza en que te miro!
No rompa nuestros lazos,—la altura en que me ves.
La que te abrió sus brazos,—no te quiere á sus pies.

HABLADO.

SOFIA. ¿Qué tienes?
ADEL. Con mi memoria
lucho, y sospechando estoy...
SOFIA. En pocas palabras voy
á referirte mi historia.
—Ya recordarás que entró
un dia en nuestro convento
cierto galan.
ADEL. (Qué tormento!)
SOFIA. ¿No lo has olvidado?
ADEL. (¡Ay, no!)
SOFIA. ¡Aquel consejero!
ADEL. Si.
SOFIA. ¡Y aun disputamos un dia,
por cuál de las dos iria!...
—¡Adelaida! ¡era por mí!
ADEL. (Haciéndose violencia.)
¡Me alegro!
SOFIA. Qué amartelado
me miraba desde afuera
aquel pobre amante, que era
el gran duque disfrazado!
Solicitada por él
luego, ¡mira qué sorpresa!
subió al rango de duquesa
la hija del conde de Zell.
Y mas tarde... ¡No blasono

de mi dicha en esta parte!
—Dios, que sus bienes reparte,
nos ha reservado un trono.

ADEL. ¡Qué ventura!

SOFIA. ¿Mas qué ha sido
de mis locas alegrias?
¡Mira, Adelaida! hace dias
que le encuentro distraido.

ADEL. ¡Señora!...

SOFIA. ¡Tal vez me engaño;
mas sean ó no quimeras,
tengo celos! y si vieras...
¡hacen los celos un daño!...

ADEL. Tal vez no tengais razon...

SOFIA. Mi debilidad confieso.
—Mas no te aflijas por eso,
ni me tengas compasion:
que si digo la verdad,
no tengo de su amor duda.
Un corazon no se muda
con tanta facilidad.
Es jóven y algo ligero:
poder y prestigio tiene,
y sin duda le entretiene
un capricho pasajero.
Mas luego que de ese amor
rompa los infames lazos,
sé que volverá á mis brazos
como á su centro mejor.

ADEL. Tal creo.

SOFIA. ¡Siempre la palma
ha de ser mia! ¿es verdad?

ADEL. (¡Con qué inocente crueldad
me está destrozando el alma!)

UNA VOZ. (Dentro.)
¡El rey!

SOFIA. (Asustada.) ¡El rey vuelve ya!

ADEL. ¿Qué temeis?

SOFIA. (Bajando los ojos.) Que tu presencia...

ADEL. Hoy le he pedido una audiencia,
y asi no lo extrañará.

SOFIA. ¿Una audiencia?

ADEL. Le he rogado
que me oiga, por si consigo
algun alivio al castigo
de mi padre desterrado.
SOFIA. Yo en su infortunio cruel
le ayudaré si conviene.
LA VOZ. (Mas cerca.)
¡El rey!
ADEL. Señora, ya viene.
SOFIA. Te dejo sola con él.
(Váse por la derecha.)

ESCENA X.

ADELAIDA, luego JORGE por el fondo: PEDRO escondido.

ADEL. Si es honrado, si es hidalgo...
PEDRO. (Asomando con temor la cabeza.)
¡Adelaida!
ADEL. ¿Todavia
aquí?
PEDRO. ¡Por desdicha mia!
ADEL. ¡Silencio!
PEDRO. (¡De aqui no salgo!)
ADEL. (¡El corazon me palpita!)
JORGE. ¡Adelaida! (Saliendo.)
ADEL. ¡Al fin!...
JORGE. ¿Qué haceis
aqui?
ADEL. ¿Qué? vos lo sabreis.
JORGE. Pero no era aqui la cita.
ADEL. Eso á vuestro mensajero
dije cien veces.
JORGE. Ha habido
un error...
ADEL. ¡Qué mal servido
estais, señor consejero!
—¿Mas visteis al rey?
JORGE. Le ví,
y aproveché la ocasion...
ADEL. ¿Le hablasteis de ese perdon?
JORGE. Le he hablado.

ADEL. ¿Y qué?
JORGE. Vedlo aqui.
—¡Pero, ¡Adelaida! estais mal
en esta casa, y yo voy
á guiaros...
ADEL. ¿Pues dónde estoy?
JORGE. ¿Dónde? en un sitio real.
ADEL. ¿Pero por qué es el temor?
JORGE. Temo... que aqui el rey os vea.
ADEL. ¿Y qué importa? ¿Soy tan fea
que asuste á nadie, señor?
JORGE. Al contrario...
ADEL. Agradecida
le estoy por bondades tantas,
y poner quiero á sus plantas
mi gratitud y mi vida.
JORGE. ¡Adelaida! aunque la ley
quebrante de mi lealtad,
voy á decir la verdad.
Yo tengo celos del rey.
—Venid.
ADEL. ¡Celos de un amigo!
¿podeis pensar de ese modo?
JORGE. ¡Señora! es capaz de todo.
ADEL. ¿De veras?
JORGE. ¡Como os lo digo!
ADEL. ¡Qué infamia! (Alzando la voz.)
JORGE. ¡Callad!
ADEL. No callo.
JORGE. ¡Estais con él muy benigna!
ADEL. Esa sospecha es indigna
de un amigo y de un vasallo.
JORGE. Me admira vuestro lenguaje.
ADEL. De la gratitud que siento
es deuda, y yo no consiento
ni quiero que se le ultraje.
JORGE. ¿Y si es verdad?
ADEL. Al arrullo
del poder resistiré,
que no hay corona que esté
á la altura de mi orgullo.
Y á saber que el soberano

buscaba la afrenta mia,
mi padre no aceptaria
ni la vida de su mano.
No nos faltará en la tierra,
si llega ese duro trance,
un lugar donde no alcance
el poder de la Inglaterra.

JORGE. Hablad mas claro.

ADEL. Eso quiero.

JORGE. Sacadme de esta inquietud.
¿Sabeis ya quién soy?

ADEL. ¡Salud
á mi rey Jorge primero!

JORGE. ¿Y no os envanece?...

ADEL. No.

JORGE. De mi amor os daré pruebas.

ADEL. No nacen para mancebas
las mujeres como yo.

JORGE. ¡Ya comprendo! ¡desdichada!
¿habeis visto?...

ADEL. Si, á fé mia.

JORGE. ¿Qué habeis hecho?

ADEL. Mas Sofia...
la reina no sabe nada.

JORGE. ¿Nada?

ADEL. ¡Os lo juro!—Mirad
que aun mas que noble y hermosa,
es la reina vuestra esposa
un milagro de bondad.

ESCENA XI.

DICHOS, SOFIA y CRAMER.

JORGE. ¿Quién viene?

ADEL. (¡Cramer aqui!)

SOFIA. Mi buen maestro os suplica
que le oigais.

CRAMER. Ya he terminado...
si su majestad benigna
quiere oirlo...

JORGE. No: mañana.

ADEL. ¿Qué es esto?
SOFIA. ¿De qué te admiras?
Era Cramer mi maestro,
y hoy lo es de nuestra capilla.
—Es un rasgo delicado
del rey, ¿no es verdad, querida?
CRAMER. ¡Adelaida!
ADEL. ¡Si! Adelaida,
que el indulto solicita
de su padre.
SOFIA. Y á mi ruego
no dudo que lo consiga.
JORGE. Llegais tarde.
SOFIA. ¿Cómo, tarde?
JORGE. Ya en él he puesto mi firma.
(Entregándolo á Sofia.)
SOFIA. ¡Qué bueno sois!—Pero os resta
perdonar mi rebeldia.
Me prohibisteis, señor,
que viera á mi pobre amiga
de la infancia: era mandato
que obedecer no podia.
JORGE. ¿Por qué razon?
SOFIA. Porque ya
estaba dada la cita,
y mi palabra es sagrada.
(Dando el pliego á Adelaida.)
JORGE. Hicisteis bien... ¡Y hoy es dia
de indulgencia!
ADEL. Otro culpable
vuestro perdon necesita.
JORGE. ¿Quién?
ADEL. Un pobre que estará
temiendo vuestra justicia,
si no se ha muerto del susto.
(Levanta la cortina de la puerta de la izquierda y se vé á Pedro acurrucado contra el quicio y abrazado al piporro.)
CRAMER. ¡Mi sobrino!
ADEL. ¡La rodilla! (Ap. á Pedro.)
(Le trae hasta ponerle de ante del rey, haciéndole que se arrodille.)

—Es Pedro...

PEDRO. Primer piporro...

JORGE. Alzad. (Sonriéndose.)

PEDRO. ¡Os debo la vida! (Ap. á Adelaida.)

ADEL. ¡Padre y señor! no abusemos
de la bondad infinita
de nuestros reyes.—¡Adios,
señor! ¡Mi reina querida!
¡la pobre actriz se despide...
y para siempre!

CRAMER. ¡Hija mia!
¿qué dices?

ADEL. Me vuelvo á Italia.

SOFIA. ¿Por qué?

ADEL. Siento que este clima
daña á mi salud: la atmósfera
de Florencia es mas benigna.

SOFIA. Siendo asi...

JORGE. ¡Pero vos, Cramer,
quedareis en mi capilla!

CRAMER. ¡Perdonad, gran rey! ¡magnánimo
señor! ¡majestad invicta!
perdonad; pero no puedo
abandonar á mi hija.
¡Yo no tengo otros afectos,
ni otro bien ni otra familia!

PEDRO. (¡Ingrato!)

CRAMER. Y en mis oidos
ya ha sonado esa armonia
de las palmadas: yo quiero
ser actor como mi niña.

ADEL. ¡Ah, padre y señor!

PEDRO. (¡El tio
le ha dorado bien la píldora!)

CRAMER. Hasta que case á Adelaida...

ADEL. No lo espereis: seré artista
y nada mas: á la gloria
he consagrado mi vida.
(Adelantándose hácia el proscenio.)
—¡Al teatro! ¡si! otra vez
lo dije; y lidiando ya,
¿quién el campo dejará

que tiene tan noble juez?
Entre aquellos bastidores
hay tal magia, hay tal encanto,
se goza y se lucha tanto,
que se olvidan los dolores.
Allí del humano fraude
nuestra gloria nos defiende...

CRAMER. Dices bien.

ADEL. Esto se entiende
si el público nos aplaude.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada. Madrid 13 de Diciembre de 1861.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ERRATA.

En la página 30, línea 12, donde dice *Cinco años* léase *Tres años*.